

Lo que no se ve

—Lo invisible existe, Félix.

—Si no se ve, ¿cómo sabemos que existe?

—Por eso precisamente, porque no se ve —le contesta don Martín.

Treinta años después, Félix está frente a la fachada de la sucursal de una entidad bancaria cuya identidad no interesa. Mira y no ve lo que tiene delante. Sus ojos observan probetas, embudos, pipetas, agua de azahar, glicerina; ven a un hombre de barba blanca y lentes redondas, un mar azul turquesa colgado de la pared y un chaval. Un chaval tímido, de cabello indomable y ojos enormes; de los cuales uno no mira al mundo, el izquierdo. «El Niño Jesús que lo ve todo con sus dos ojos perfectamente alineados sabía que ibas a ser un desastre y por eso te castigó por anticipado», le decía su tía ante faltas tan graves como derramar la leche sobre el hule, no descalzarse al entrar en casa u olvidar lavarse las manos antes de comer. Lo que Félix nunca olvidaba al volver del colegio era pasar una vez al mes por la farmacia de don Martín a recoger la fórmula magistral para la diabetes del bruto de su tío. Don Martín le regalaba pastillas Juanola y le dejaba entrar en la rebotica y trastear con recipientes y sustancias inocuas. Félix imaginaba que preparaba una pócima para hacerse invisible.

Don Martín le hablaba de los valores fundamentales, de lo intangible, de la imaginación, de su oficio y de su pasión: el mar. Don Martín, tenía un sueño: ser buzo. «Solo el mar te regalará tu más fiel esencia», solía decirle, o «la libertad es lo que no puede imaginarse». Félix cada vez pasaba más tiempo en la farmacia. Nadie le echaba de menos, sus tíos regresaban a casa de sus trabajos entrada la noche. Hacía los deberes en la rebotica y don Martín le ayudaba si tenía alguna duda. Nadie sabía de sus tardes. Tenía la habilidad de colarse en los sitios como una sombra sin que su presencia fuese detectada. A veces, sin pretenderlo, asustaba al farmacéutico. Invisible sin saberlo.

Era un barrio de clase obrera, multicolor y en constante efervescencia. La farmacia de don Martín no era el único punto neurálgico, estaban: el bar de Rafa, la academia de corte y confección de Pura, el ultramarinos de Dimas, la papelería de Romeo y la iglesia de San Juan Bautista.

La farmacia de don Martín tenía una rebotica muy concurrida. En víspera de luna llena, la cola de personas daba la vuelta al edificio como una serpiente rodea a su presa.

Cualquier foráneo podría pensar que se trataba de un barrio profundamente enfermo.

Todo lo contrario. Acudían a verle si una hija quedaba embarazada, si sospechaban de la infidelidad de un marido, si un hijo andaba en malas compañías... Las palabras de don Martín siempre les hacían dormir más tranquilos esa noche.

Los ojos adultos y ahora perfectamente alineados de Félix recuerdan también aquella lejana tarde, en ese mismo lugar, ver a los del SAMUR llevarse a don Martín inconsciente en una camilla. Félix cerró la farmacia con un mar turquesa bajo el brazo y guardó las llaves hasta que meses después apareció una mujer anónima que dijo ser la hija huérfana de don Martín. A final de ese año, la farmacia tenía nuevo dueño. El barrio cambió. La farmacia de don Martín se convirtió en un establecimiento más y Félix en un mago de reconocido prestigio.

—Don Martín, ¿qué es la utopía?

—Alimento imprescindible de los que estamos vivos.

—Ser buzo, ¿es su utopía?

—Ser invisible, ¿es la tuya?